

que, sin cortar vuelo a la idea, obligan a una cómoda subdivisión, o la tirada de romance, cuya música, familiar en todos los oídos, está propicia siempre. Por fin, la libertad, anunciada antes por el huir de la rima difícil—repetiendo una palabra o cambiando en el esdrújulo el asonante por el consonante—y reveladora de la verdadera plenitud.

En cuanto a formas, el libro es muy vario. Del tesón con que están buscadas pueden dar muestra evidente las dos versiones del francés mejor que

las inglesas: *El castellano de Coucy* y *El abanico de Mlle. Mallarmé*. En el libro de Reyes, el artista no abandona nunca el servicio del poeta.

FINAL

Advierto, querido Alfonso, que no le he alabado en demasía. Conste, como le dije al principio, que no fué por temor de que se me enojara.

E. Díez-CANEDO.

(España, Madrid).

Pío Baroja en el teatro

Comentarios propios a la obra

“Adiós a la bohemia”

LA pequeña escena dramática titulada “Adiós a la bohemia”, que se va a estrenar en el Teatro Cervantes, no tiene nada esotérico, y no se presta, por su parvedad de materia, como dirían los antiguos, a un comentario.

A mí, como a la mayoría de los escritores de libro, se me ha venido a la imaginación muchas veces la idea de escribir para el teatro, naturalmente atraído por la posibilidad del dinero y del éxito.

No lo he hecho por varias razones. Primeramente, las tres unidades clásicas me estorban para imaginar algo con fuerza; luego, me estorba también el tono de la retórica actual en el teatro. Yo, cuando he intentado escribir para la escena, lo he hecho en un tono gris o en un tono conceptuoso y altisonante. Los dos extremos de la expresión los siento mejor o peor; el término medio, no.

La retórica un poco casera, vulgar y al mismo tiempo falsamente natural, la que la gente de teatro considera el lenguaje típico de las pasiones, la que se encuentra en la fraseología de Galdós, de Dicenta, de Benavente y de Martínez Sierra, yo no la puedo soportar.

Además de las seducciones del dinero y del éxito, podía existir, al pensar en hacer algo para el teatro, la ilusión de crear una cosa nueva, por pequeña que fuera, o también la ilusión de ser moralista y pedagogo al estilo de Dumas, hijo.

El crear algo nuevo en el teatro me parece imposible. Todo lo que se ha dado como nuevo en estos últimos cincuenta años, desde los poemas de Ibsen hasta las chapucerías espiritistas de Maeterlinck, han quedado como al

lado del teatro, sin conseguir entrar dentro ni tener una vida lozana.

El teatro, como arte puro, igual que la pintura, la escultura, la arquitectura y quizá también la música, es un arte cerrado, amurallado, completo, que ha agotado su materia; un arte que ha pasado del período de la cultura al de la civilización, como dirían Houston, Stewart, Chamberlain y el moderno autor de la decadencia de los pueblos occidentales. El teatro, desde hace mucho tiempo, ha dejado de inventar para repetirse.

En estas artes la fórmula pomposa de D'Annunzio “O renovarse o morir” es pura retórica. ¡Qué ilusa renovación la de este elocuente repetidor de los más viejos lugares comunes! ¡Renovarse! Nos podríamos contentar con que el hombre se hubiese renovado algo desde la época del reno hasta aquí. En la mayoría de las artes y en la del teatro la fórmula no puede ser más que ésta: O repetir o morir. Un gran espíritu innovador, un Destoievski, en el teatro no se puede imaginar. Yo creo que actualmente en la literatura la única originalidad posible está en los detalles. En esto está la fuerza de Marcel Proust. En el teatro no puede haber detalles, todo tiene que ser brochazos y chafarrinón.

Para moralizar en el teatro hay que sentir un entusiasmo proselitista, y al mismo tiempo tener el conocimiento de las socialifias de los bastidores, cosas ambas que yo no poseo. A pesar

de esto, no es la idea de las tres unidades férreas, ni la represión por la retórica vulgar y falsamente natural, ni la seguridad sentida de antemano de no poder inventar nada nuevo, ni la falta de entusiasmo proselitista la que me ha impedido a mí escribir para la escena.

En principio lo que me ha estorbado más para hacer una obra de teatro ha sido la idea del público. Las novelas que yo he escrito las he hecho sin pensar gran cosa en el público. Lo mismo me pasa cuando suelo trabajar en el jardín de mi casa: trabajo por dejarlo lo más agradable que puedo, pero no busco la aprobación de nadie ni me pongo a comparar este pequeño jardín con otros grandes y maravillosos.

Cierto, ya sé que al escribir un libro, con el tiempo algunas personas lo leerán y hasta quizá me den su opinión; pero estas personas son para mí tan vagas, tan problemáticas, tan lejanas, tienen tan poca realidad, que no me preocupan. Así, por ejemplo, de mi penúltimo libro “La leyenda de Juan de Alzate”, que yo creo que entre lo que yo he escrito es de lo mejor, me habían hablado tres o cuatro personas, a lo más. Esto me da una impresión de libertad, de irresponsabilidad, me hace pensar que un libro es como una carta escrita a la familia. Al pensar en una comedia o en un drama, esas personas fantásticas que yo veo de ordinario en una perspectiva lejana, se me acercan tanto en la imaginación, que se apoderan de ella, y se hacen tan reales, toman tal aire de Aristarcos, imponen tal número de condiciones y de exigencias, observan lo que hago, lo miden lo pesan, lo comparan con esto y con lo otro, y me producen, a la larga, la inhibición y la perplejidad que me hace abandonar mis proyectos.

He aquí por qué no he hecho más que tentativas teatrales tan exiguas y tan pequeñas como esta de “Adiós a la bohemia”, que se va a estrenar en Madrid, en el Teatro Cervantes.

PÍO BAROJA

Vera de Bidasoa, febrero 1923.

(El Sol, Madrid).

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

BÚSQUELO, ya salió el «CONVIVIO DE LOS NIÑOS»: Cuentos viejos, por MARÍA DE NOGUERA. Son cuentos populares recogidos en Santa Cruz de Guanacaste. Puede ser un libro de lectura para sus hijos o alumnos. Precio del ejemplar: ₡ 1.50.